

PER BX1431.C82 C46

Centinela.

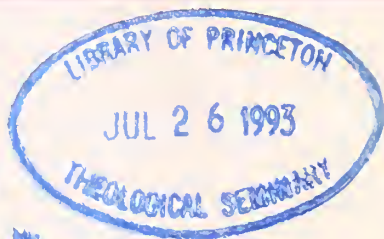


Digitized by the Internet Archive
in 2016

<https://archive.org/details/centinela6195unse>

CENTINELA

ABRIL 1959 — CUERNAVACA — NUMERO 6



NUESTRA PORTADA.—Imagen de Nuestra Señora de los Milagros
que se venera en su Santuario de Tlaltenango, Estado de Morelos.

CENTINELA

Director: PBRO. LAURO LÓPEZ BELTRÁN

Dirección: Apartado Postal No. 63

Oficinas: Galeana No. 47. — Tel. 2-12-84

Cuernavaca, Morelos (México)

Impreso en los Talleres de la Editorial Jus. S. A. Plaza de
Abasco 14. Col. Guerrero, México 3, D. F.—Tiro: 3,000 ej.

SUSCRIPCIONES :

Ordinaria	\$	50.00
Honorífica	,,	75.00
Benefactora	,,	100.00
Extranjero	Dls.	5.00
Número suelto \$ 4.00.—Número atrasado ...	\$	5.00

SUMARIO

GUIONAJE

<i>Recomendación</i>	1
----------------------------	---

CURIA ECLESIAÍSTICA	3
---------------------------	---

DIGNIDAD EPISCOPAL

<i>Jurisdicción del Papa</i> , por el Pbro. SALVADOR CASTRO PALLARES	4
<i>Jurisdicción de los Obispos</i> , por el Pbro. Dr. SALVADOR CASTRO PALLARES	6
<i>Ensayo Teológico del Episcopado</i>	7
<i>La Mitra</i> , por IGNACIO RANGEL	10
<i>Cuestionario acerca del Episcopado</i>	14
<i>El Obispo, Forjador de "Cristos"</i> , por el Pbro. SERAFÍN MIRELES	17

EPISCOPOLOGIO CUERNAVACENSE

<i>El Seminario Conciliar de Cuernavaca</i> , por el Pbro. LAURO LÓPEZ BEL- TRÁN	18
---	----

CLERO DIOCESANO

<i>Los Tres Primeros Sacerdotes ordenados en la Diócesis de Cuernavaca</i> ..	21
<i>El Clero en la Diócesis de Cuernavaca</i>	22

SACERDOTES BENEMÉRITOS

<i>Ligera Semblanza de Monseñor José García Ortiz</i> , por el Pbro. J. L. PALACIOS	24
--	----

IMÁGENES Y TEMPLOS

<i>Nuestra Señora de los Milagros</i> , por el Pbro. LAURO LÓPEZ BELTRÁN ..	25
---	----



CENTINELA

Publicación mensual que tiene por objeto el estudio del Episcopado Católico y la divulgación de la historia de la Diócesis de Cuernavaca. Aparecerá de noviembre de 1958 a octubre de 1959, Año Jubilar de nuestro Excmo. y Revmo. Sr. Obispo Dr. D. Sergio Méndez Arceo.

AÑO I

Registro en trámite

NUM. 6

Director

PBRO. L. L. BELTRÁN

CUERNAVACA, ABRIL 1959

Censor

PBRO. JOSÉ ESPÍN



Recomendación

DIOS NUESTRO SEÑOR se dignó inspirar a Moisés la fórmula que debían usar los sacerdotes al bendecir al pueblo. El pasaje lo encontramos en la parte final del capítulo VI del Libro de los Números: “Di a Aarón y a sus hijos: De esta suerte daréis la bendición a los hijos de Israel, diciéndoles: El Señor te bendiga y te guarde. El Señor te muestre su rostro y tenga misericordia de ti. Vuelva el Señor su rostro hacia ti, y te conceda la paz”.

Y puesto que la bendición sacerdotal en la Sagrada Escritura significa desear o predecir alguna cosa feliz, por los textos arriba citados podemos deducir la eficacia de la fórmula, en la misma Ley antigua. El pontífice la pronunciaba de pie, en voz alta, con las manos extendidas y elevados los ojos al cielo. Ahora, en la Nueva Ley, la eficacia de la bendición se acrecienta por los méritos de la Pasión de Cristo, simbolizada en la señal de la Cruz.

La bendición enviada cariñosamente a CENTINELA por nuestros amadísimos prelados, también se traduce, como lo hemos visto, en una verdadera recomendación. Pues sacerdotes y fieles solicitan CENTINELA porque leen en sus páginas las preciosas cartas de la Jerarquía Eclesiástica Mexicana en que nos envía su siempre amable y eficaz bendición episcopal.

“La Iglesia nos enseña que los Obispos son los sucesores de los Apóstoles. Como los Apóstoles, el Obispo recibe sobre la grey que le ha sido confiada una autoridad de origen divino. Esta autoridad viene directamente de Dios, mediante la designación hecha por el Vicario de Cristo, sin que inter venga para conferirla ningún poder humano por elevado que sea”.

Mons. Luis Concha, Arzobispo de Manizales.



Curia ECCLESIASTICA

ARZOBISPADO DE PUEBLA

GOBIERNO ECLESIASTICO

Puebla, febrero 10 de 1959.

Sr. Pbro.
Don Lauro López Beltrán.
Cuernavaca, Mor.

Muy estimado Padre:

Saludándolo con todo afecto le pido mil perdones por la tardanza en contestar su amable carta del 23 de diciembre ppdo.

Lo felicito de todo corazón por la fundación de su Revista CENTINELA que con tanto interés he leído. Es una obra magnífica y desde luego juzgo de suma importancia el cuidadoso estudio que viene presentando sobre el Episcopado Católico. Pido a Dios Nuestro Señor que bendiga sus trabajos a fin de que Centinela produzca frutos de vida eterna.

Renovando mis entusiastas felicitaciones lo bendigo con toda estimación.

+ Octaviano Márquez
Octaviano Márquez,
Arzobispo de Puebla.

DIGNIDAD *Episcopal*



Jurisdicción del Papa

Pbro. Dr. SALVADOR CASTRO PALLARES

LA AUTORIDAD PONTIFICIA sobre la Iglesia es plena, suprema, ordinaria e inmediata. El Concilio Vaticano lanzó su condenación contra los que negaron esta verdad que pertenece a la esencia monárquica del régimen establecido por Cristo para su Iglesia:

“Sea anatema todo aquel que dijere que el Romano Pontífice tiene solamente un oficio de inspección o de dirección, pero no un pleno y supremo poder de jurisdicción sobre toda la Iglesia, no solamente en lo que respecta a la fe y costumbres, sino también en lo que toca a la disciplina y régimen de la Iglesia difundida por toda la tierra; o que él solamente tiene la parte principal, pero no toda la plenitud de esta suprema potestad; o que este poder no es ordinario e inmediato, ya sea para todas y cada una de las Iglesias, ya sea para todos y cada uno de los Pastores y Fieles”.

UNA OBJECIÓN

Tal vez alguno pudiera poner esta dificultad: Repugna que una misma grey tenga al mismo tiempo dos pastores ordinarios e inmediatos. Y este sería el caso de todas las diócesis que estarían regidas al mismo tiem-

po e inmediatamente por dos Pastores: el Obispo respectivo y el Sumo Pontífice.

A esta dificultad respondía Santo Tomás: no sería conveniente que una misma grey tuviera dos pastores puestos en el mismo plano de igualdad; pero si uno es principal y el otro está a él subordinado, entonces ya no hay inconveniente.

Por eso decía el Concilio Vaticano: “La autoridad episcopal del supremo y universal Pastor, lejos de dañar, más bien afirma, sostiene, fortalece la ordinaria e inmediata jurisdicción episcopal, por la cual los Obispos son a su vez verdaderos pastores...”

EL EJERCICIO DE LA JURISDICCIÓN PAPAL

Son varias las funciones de la jurisdicción del Romano Pontífice en la Iglesia Universal. Recordemos algunas:

Poder legislativo.

El Papa puede dar leyes que obliguen a toda la Iglesia.

De sus propias leyes, o de las leyes dadas por sus antecesores, o de las leyes establecidas por los Concilios ecuménicos, él puede dar la interpretación auténtica, y puede abrogarlas, o cambiarlas, o dispensar de ellas.

Igualmente puede abrogar o dispensar de las leyes establecidas por los Obispos en sus propias Diócesis, puesto que éstos ejercitan su autoridad en dependencia y subordinación a la autoridad pontificia.

Poder judicial.

Al tribunal del Papa puede ser llevada cualquier causa eclesiástica; él puede reservarse las causas mayores; cualquier fiel cristiano de cualquier parte del mundo puede apelar a él. La sentencia del Sumo Pontífice es definitiva e inapelable.

- El Papa tiene derecho a imponer las penas correspondientes a los diversos delitos cometidos.

- El Papa puede establecer nuevas Diócesis, dividir las ya existentes, nombrar Obispos, o bien quitarlos, si por cualquier razón el bien de la Iglesia lo exige.

- El Papa puede ejercer su autoridad por sí mismo o por medio de otros a quienes delega: así, en Roma, a través del Sacro Colegio y de la Curia Romana, y fuera de Roma, por los Nuncios, Legados, Vicarios y Prefectos Apostólicos. . . etc.

LA CURIA ROMANA

Con mucha frecuencia el Sumo Pontífice ejerce su autoridad suprema por medio de la Curia Romana. Conviene, pues, decir al menos dos palabras acerca de ella.

Consta de 11 Congregaciones, 3 Tribunales y 5 Oficios.

- *Congregaciones con jurisdicción administrativa y disciplinar:*

- la del Santo Oficio (lo referente a la fe y costumbres);

- la Consistorial (constitución, división y régimen de diócesis);

- la de Sacramentos (disciplina sacramental);

- la del Concilio (disciplina general de la Iglesia);

- la de Religiosos;

- la de Propaganda Fide (para lugares sin Jerarquía establecida);

- la de la Iglesia Oriental;

- la de Ritos (ritos y ceremonias de la Iglesia Latina);

- la de Seminarios y Universidades;

- la Ceremonial;

- la de negocios eclesiásticos extranjeros.

- *Los Tribunales son:* – La Sagrada Penitencia; – La Sagrada Rota; – La Signatura Apostólica.

- *Los Oficios son:* – Cancillería Apostólica; – Dataría Apostólica; – Cámara Apostólica; – Secretaría de Estado; – Secretaría de Breves.

**Ardua empresa toma sobre sí quien se encarga de regir a muchos. . .
Si echa por el rigor, debilita al flaco; si por la blandura, esfuerza al soberbio.
Odiosa voz fue aquélla: “Témanme y aborrezcanme”, y lánguida la otra:
“No me teman como me aman”.**

Fray Juan Márquez.

Jurisdicción de los Obispos

Pbro. Dr. SALVADOR CASTRO PALLARES

CARACTERÍSTICAS

CADA OBISPO en su propia Diócesis posee la jurisdicción completa y subordinada, ordinaria e inmediata. "Compete a los Obispos el derecho y la obligación de gobernar la Diócesis, así en las cosas espirituales como en las temporales, con potestad legislativa, judicial y coactiva, que han de ejercer en conformidad con los sagrados cánones" (Can. 335).

Por consiguiente, la autoridad del Obispo es *completa*, porque abarca el fuero externo y el fuero interno, porque da leyes, juzga y castiga, porque enseña auténticamente, de manera que es un verdadero doctor y pastor de sus súbditos.

Su autoridad, sin embargo, está *subordinada* al Romano Pontífice; debe obrar siempre en dependencia del Papa y conforme a las leyes de la Iglesia. No puede determinar nada que sea contrario al régimen general, y aun dentro de su propio territorio su autoridad puede ser coartada por reservaciones que el Supremo Pontífice juzgue convenientes.

Sin embargo, el Obispo no es un mero delegado del Sumo Pontífice; por institución divina es sucesor de los Apóstoles. Su jurisdicción, por tanto, es *ordinaria*, puesto que la recibe en virtud del mismo oficio que tiene.

Y en ese sentido es también *inmediata*, porque puede llegar directamente a cualquier fiel de su Diócesis. "Los Obispos residenciales son pastores ordinarios e inmediatos en la Diócesis a ellos encomendadas". (Can. 334, par. 1).

SUS FUNCIONES

La jurisdicción del Obispo se extiende a todo aquello que es necesario para que los fieles obtengan la vida eterna: es decir, administración de Sacramentos, leyes para el bien común espiritual, exigir su cumplimiento, visita pastoral de su Diócesis, predicación, juzgar y dirimir las controversias, castigar a los culpables.

Los Obispos "velarán para que no se introduzcan abusos en la disciplina eclesiástica, sobre todo en lo que atañe a la administración de los Sacramentos y Sacramentales, el culto de Dios y de los Santos, predicación de la divina Palabra, sagradas indulgencias, cumplimiento de piadosas voluntades; procurarán también que se conserve la pureza de la fe y de las costumbres en el clero y en el pueblo; que a los fieles, especialmente a los niños y a los rudos, se les suministre el manjar de la doctrina cristiana, y que en las escuelas se eduque a los niños y a los jóvenes conforme a los principios de la religión católica" (Can. 336, par. 2).

"Para conservar la doctrina sana y ortodoxa, mantener las buenas costumbres, corregir las malas, promover la paz, la inocencia, la piedad y disciplina en el pueblo y en el clero, y ordenar todo aquello que según las circunstancias redunde en bien de la religión, están los Obispos obligados a visitar la Diócesis cada año, total o parcialmente, de suerte que por lo menos de cinco en cinco años la recorran toda, personalmente, o, si están legítimamente impedidos, por medio del Vicario General o de algún otro" (Can. 343, par. 1).

El Obispo puede ejercer su autoridad por sí mismo o por medio de otros, a quienes él participa de su jurisdicción episcopal; éstos son de un modo ordinario, el Vicario General y los que constituyen la Curia Diocesana, el Cabildo de los Canónigos, los Vicarios foráneos y los Párrocos.

EL COLEGIO EPISCOPAL

Todos los Obispos del mundo juntamente con el Romano Pontífice forman un solo cuerpo, con jurisdicción sobre la Iglesia Universal.

Cuando, en unión con el Sumo Pontífice, los Obispos se reúnen en un Concilio Ecuménico, concurren al gobierno de toda la Iglesia, ejerciendo sobre ella una verdadera potestad de magisterio y de jurisdicción, legislando, juzgando e imponiendo penas. Lo dice claramente el Código de Derecho Canó-

nico: “El Concilio Ecuménico goza de autoridad suprema sobre toda la Iglesia” (Can. 228).

Cuando los Obispos se reúnen en Concilios particulares, pueden ejercitar colegialmente su jurisdicción sobre un territorio que excede los límites de sus propias Diócesis. En este caso, los Obispos así reunidos tienen una especie de potestad supraepiscopal, que de hecho existe y se explica por una participación delegada de la autoridad del Sumo Pontífice, ya sea por concesión hecha al Metropolitano, ya sea en virtud de un decreto especial. Por esta razón, los Concilios Plenarios o los Provinciales no se pueden reunir legítimamente sin el consentimiento del Sumo Pontífice.

Las decisiones tomadas en estos Concilios, una vez promulgadas, valen para todos los territorios de los Obispos reunidos y no pueden revocarse sin expreso consentimiento de la Santa Sede.

Ensayo Teológico del Episcopado

III. EL OBISPO JUEZ Y DOCTOR DE LA FE

(Continuación)

LA FE ES un depósito frágil, un tesoro que hay que transmitir intacto. Según la expresión de Bossuet: “La fe es una virgen de frente muy pura, que, a la primera sospecha que se tiene sobre su castidad doctrinal, se sonroja y quiere defender su inocencia, porque debe presentarse a los esposales de Cristo, no tan sólo con inmaculada virtud, sino con íntegra reputación”.⁴⁴ Mas

la fe es objeto de ataques incesantes por parte de enemigos que están fuera de la Iglesia, y de enemigos que están dentro; está constantemente amenazada por el espíritu de este siglo que trata de contaminarla. ¿Quién es su guardián? El obispo: *episcopi veri doctores seu magistri sunt*.⁴⁵ Es menester que el obispo pueda rendirse el mismo testimonio que san Pablo: “He luchado en buena lid, conservé la fe”. Lucha es la pa-

⁴⁴ BOSSUET, *Defensio declarationis, Dissertatio praevia*, n. 8.

⁴⁵ Can. 1326.

labra exacta: cuando leemos la narración de las grandes disputas doctrinales de la antigüedad, nos sorprende ver a los santos obispos echarse de cuerpo entero en la lucha y casi perder allí los límites de la caridad. Si nos escandalizáramos por ello, sería nada más porque no comprendiéramos ya la importancia de la fe y las exigencias de su defensa.

Antes de proceder a la consagración de un obispo, se le somete a examen solemne para garantizarse de su fe y de su doctrina. Desde la imposición de manos, ya es doctor, rector en Israel, vigilante. Durante todos los ritos de la ordenación el libro de los Evangelios cubría sus espaldas, y sin duda, si pensaba en el cometido que lo esperaba, debía sentir que el peso de ese libro era grande. Hasta entonces, en efecto, había sido un discípulo que debe sin cesar dirigir la mirada a su maestro, quien debe mandar controlar sus tanteos; mas ahora deberá decidir él mismo las dificultades que se presenten; francamente tomará partido en las controversias rodeadas de tinieblas; él estará al acecho de los errores, de las ilusiones. Si cree poder descansar en su pasado, se equivoca, porque los peligros vuelven a nacer sin cesar, y la herejía que camina bajo tierra es aún más amenazante: los adelantos del espíritu humano exigen igual progreso del dogma, surgen nuevos problemas que hay que resolver. Y en su decisión, el obispo compromete a Cristo: *quien os escucha me escucha*.

¿No hay acaso en la Iglesia teólogos que pongan al servicio de la doctrina toda su inteligencia, su técnica, su erudición? Seguramente, pero los teólogos son juzgados por el obispo, y la teología no puede convertirse en un "*locus theologicus*" sino conforme goce de ese juicio, explícito o implícito, de la jerarquía. Quizás pedirá el obispo, antes de

tomar una decisión importante, el parecer de los teólogos; quizás aun antes de ser obispo haya sido también un teólogo; pero distan mucho el juicio de un teólogo y el de un obispo. El teólogo investiga el dato revelado con sus métodos, dialéctico o histórico; tan sólo se preocupa directamente de dilucidar un problema intelectual. El obispo tiene cura de almas y su móvil es el de enseñar a sus fieles, no sólo a los mejor dotados de inteligencia, sino sobre todo a los sencillos: *pauperes evangelizantur*. Lejos de menospreciar las disciplinas científicas, las cultiva con esmero; sin embargo excede a ellas, porque tiene autoridad, gracia de estado, mandato. Cristo está tras de él, verdadero pastor siempre presente en medio de su rebaño⁴⁶. El Espíritu Santo está sobre de él, como lo veremos más adelante.

Juzgará aun a los santos y a los místicos. Ciertamente, el Señor se revela a los humildes. Y si los carismas de los primeros cristianos se manifestaban de modo más exterior, más tangible, sin embargo, hay todavía esas gracias de iluminación sobrenatural por las que el Espíritu Santo enseña a ciertas almas sin intermediario alguno. Por lo tanto, todo cristiano que vive en el fervor de la caridad, y está atento a los designios que sobre él tiene la Providencia, rinde a Cristo un testimonio personal, original, realiza una vocación única que no se parece a las demás. Pero tales gracias sobrenaturales de iluminación, tal vocación original, tienen necesidad de ser garantizadas, autenticadas, por la Iglesia, la única que discierne los espíritus y preserva contra la ilusión del Maligno. El místico y el santo deben someter sus sendas al obispo (o a su representante), quien

⁴⁶ Cf. S. León, *Sermón 5, De natali ipsius*. P. L., t. 54, Col. 154.

juzga con autoridad, aun cuando él mismo no sea un místico o un santo. Santa Teresa se remitía al obispo de Avila, y Marie-Eustelle Harpain a Monseñor de Villecourt.

Cierto es que el obispo tiene sobre sí al Papa, a quien debe remitirse en los asuntos más graves, quien a su vez puede juzgarlo, quien es su superior. Verdad es también que no es cada obispo en particular, sino el conjunto del colegio episcopal, el que reunido en Concilio o unánime en su magisterio ordinario, y en comunión con el Papa, goza de la infalibilidad. El obispo debe pues constantemente confrontar su magisterio con el de la cátedra de San Pedro y con el de sus hermanos dispersos en el mundo; reducido a sus propias fuerzas, puede errar, caer en herejía y perder el depósito que le fue confiado. ¿Irá, por ello, a abstenerse de ejercer sus funciones de juez? De ninguna manera, porque es verdaderamente responsable, y debe ejercer su iniciativa con todos los riesgos que implica. Porque está mejor colocado para discernir las necesidades de su propio rebaño, porque las medidas que deben tomarse para conservar la doctrina no admiten demora, porque a menudo se trata de asuntos que no salen del medio local. El mismo Pontífice Romano muy raras veces emite la infalibilidad de su magisterio extraordinario, y la sumisión de los fieles tendría menos mérito, esfuerzo de voluntad y espíritu de fe, si la enseñanza implicara siempre la adhesión inmediata de la inteligencia.

En efecto, aunque el magisterio del obispo no lleva en sí necesariamente la certeza de la verdad, debe sin embargo ser escuchado religiosamente. Los Tesalonicenses aceptaban la predicación de san Pablo no como una palabra humana, sino como la palabra de Dios que obra en las almas de los cre-

yentes, y era cierto.⁴⁷ Mientras no se pruebe lo contrario, la palabra de todo obispo debe gozar de ese mismo acto de fe profunda. Como procedente de Dios es como debemos recibir sus consignas, sus directivas, sus soluciones, sus advertencias, sus reprensiones, y esto sigue siendo verdadero aun después de haber leído en los libros de historia la descripción del triste estado en que ha podido caer la jerarquía de la Iglesia en ciertas épocas difíciles, como el siglo X por ejemplo. El obispo mismo, cuando se siente desconfiar de sus propias luces, cuando se siente débil ante la magnitud de su cometido y la complejidad de los problemas, debe hacer un acto de fe en su misión: las fuerzas humanas no son las únicas que están en causa, arriba está la acción del Señor, en nombre del cual actúa, y que hace que hable con autoridad, y no como los escribas y los fariseos; las almas que debe evangelizar le fueron confiadas por el Espíritu Santo mismo: el considerarlas delante de él debe confortarlo. El rebaño encuentra seguridad siguiendo a su pastor, éste encuentra la suya pastoreando a su rebaño: asombrosa fecundidad de la noción de jurisdicción, que se hubiera creído interesante tan sólo para los canonistas, y que abre a los ojos del jefe deslumbrantes perspectivas dignas de meditarse⁴⁸.

⁴⁷ I Tes., II, 13.

⁴⁸ Se sabe que no es la consagración, sino la jurisdicción la que hace a los obispos miembros de derecho del concilio ecuménico: en él participan los obispos residenciales aun cuando no estén consagrados, los abades y prelados *nullius* aun desprovistos de carácter episcopal, mientras que los obispos titulares normalmente no son llamados (can. 223). Es por lo tanto el hecho de tener a su cuidado un rebaño lo que hace participar al obispo de la infalibilidad de la Iglesia, tanto en el magisterio extraordinario como en el ordinario.

La Mitra

Por IGNACIO RANGEL

MUCHAS veces quizás nuestro pueblo no conoce al sacerdote, muchas veces quizás no comprenda a su obispo doblegado por las pesadas investiduras de su completo sacerdocio; no lo conoce cuando revestido de sus insignias se presenta en el Santuario para subir las gradas del calvario; ese ser, que saliendo de una puerta pequeña, camina en silencio y con la vista baja no es el hombre que saludaron en la calle, ahora toda su persona humana es consumida por su sacerdocio espiritual. Ciertamente nunca deja de ser sacerdote, lo es para siempre y si en la calle se distinguen un sacerdote de otro, en el altar son uno mismo. Sí, en el mundo un sacerdote es más digno que otro, si a éste se le conoce más que a aquél o por su fama de intelectual, o en su abnegación por las almas, sin embargo, repito, todos participan de un mismo sacerdocio, del sacerdocio de Cristo que representa al pueblo en el Santo de los Santos.

El pueblo necesita comprender el símbolo de esos ornamentos para palpar un sacerdocio tan espiritual como el alma del hombre, y mediante el conocimiento descubrir las características de ese don espiritual que esconde la persona humana del hombre, y así conocer a Dios. Ciertamente estos ropajes no alteran esencialmente al sacerdocio, pero si el pueblo se une al sacerdote para ofrecer su ofrenda, si viene a la iglesia para ver subir a Cristo al calvario entregará con más confianza sus deseos y sacrificios a ese hombre, que por las vestiduras conoce que es el mismo Sumo Sacerdote, Cristo que escala los peldaños que llevan al Santo de los Santos.

Fijémonos ahora especialmente en algo que es digno de dignidad y de honor; hablemos

brevemente de la mitra. Ciertamente hay otras partes de la indumentaria sacerdotal: por ejemplo el alba, que al estudiarse, quizá se prestaría mejor para una alabanza, por el símbolo que encierra: la pureza de un ministro del Señor; pero creo también que si la mitra no dijera al obispo su dignidad tendría un factor menos para guardar su pureza.

La mitra en primer lugar, data del siglo X como ornamento litúrgico, según la opinión de los historiadores más exigentes. Empezaremos tratando de hacer un breve comentario sobre su historia y mediante los escritos y monumentos exponer su antigüedad, pero en especial la evolución de su forma exterior así como también de su símbolo o significado; claro que esto será hasta llegar al siglo X, porque como ya noté los historiadores más exigentes colocan en ese tiempo el uso de la mitra con la forma y significado con que hoy la conocemos.

¿Qué es la mitra? Según la definición de la mayor parte de los escritores es una insignia y ornamento con que se cubren la cabeza en las funciones sagradas, el Papa, los Cardenales, los Obispos, los Abades mitrados y otros Prelados y dignidades eclesiásticas.

Este ornamento proviene de otro adorno litúrgico para la cabeza que empezaron a usar los persas, así los hombres como las mujeres. De allí pasó a Siria, a la India, y en fin a las demás naciones, entre las cuales se encuentra especialmente la judía y la romana. No se sabe la fecha cierta en que empezó a usarse en Persia pero ciertamente unos tres mil años antes de Cristo ya se usaba, puesto que el Exodo la cita entre los ornamentos de los sacerdotes de Jahvé; ahora bien, en Persia y en Siria se le ha de señalar una más

grande antigüedad porque allí tuvo su origen. Antes de extenderse mucho el uso de esta prenda, no tenía otro significado más que de adorno y una forma que estaba en relación y que siempre correspondía al símbolo que encerraba: era una vistosa tira de tela que tenía un nudo o abultamiento poliforme en la parte de la tira que debería caer en la frente del mitrado. Al pasar de Persia tomó distintos nombres y por consiguiente también su símbolo fue diverso para todos los demás pueblos: así en Roma se le llamó ínfula, en Judea tiara, corona en los demás pueblos.

Así según las costumbres, repito, de cada pueblo se fue restringiendo su simbolismo, siendo usada por determinadas personas de tal sexo o clase social.

En Siria, en la Judea y Roma tomó un tinte meramente Religioso, aunque en Roma tuvo que tener otros antes de tomar el sentido religioso. Por ejemplo en Siria, según los historiadores el Sumo Sacerdote de la Diosa Siria adornaba su Mitra con piedras preciosas.

También en el pueblo judío se usó como un ornamento de los Sacerdotes: dice el Exodo que el Sumo Sacerdote debería llevar Tiaras sobre la que debería ostentar una plancha de oro con las palabras: "la Santidad de Yavhé".

Habría de hacerse notar, para comprender la alta dignidad del Sumo Sacerdote, que aunque los Sacerdotes inferiores la llevaban, sin embargo había tan amplia diferencia como la que existe ahora entre la Mitra de un Obispo y la Tiara del Papa. Según parece, en la costumbre que tenían los judíos de distinguir por el Símbolo las Tiaras de los Sumos Sacerdotes y las Mitras de los Sacerdotes Inferiores, basó la Iglesia de Cristo su costumbre de distinguir las Mitras de los Obispos y la Tiara de Papa como hoy la tenemos. Pero la forma de Mitra que sirvió de base para las evoluciones siguientes fue la que usaron los romanos: y creo, además,

que después de omitir un estudio sobre los oficios o usos que haya tenido en los demás pueblos que ciertamente no dejaron de ser vulgares, fijaremos nuestra atención en la suerte que corrió en Roma por varios motivos; primero, porque como ya noté la forma de su ínfula, sirvió de Base a nuestra Mitra actual, y esto lo trataré de probar por los escritos y monumentos que muestren la Liturgia del principio de la Cristiandad. Segundo porque como Roma fue el centro de cultura, la capital de un vasto Imperio, absorbió toda la atención de los escritores antiguos más famosos; por consiguiente podemos concluir: Roma y sus satélites compendiaron la historia de los otros pueblos, su Filosofía, su Literatura, su Religión y también sus ornamentos Sacerdotales. Además la costumbre de la mayor parte de los escritores la señala como un ornamento exclusivo de los Sacerdotes; por lo tanto debemos estudiar a la verdadera Mitra (según la opinión de muchos Historiadores) en aquellos pueblos en que se convirtió en una prenda meramente Sacerdotal como sucedió en el Imperio Romano.

Al recibir Roma esta prenda, la destinó para el uso de la mujer solamente, pues se consideraba prueba de molición el que la llevara un hombre. Pero después ya no fue un adorno para todas las mujeres, sino que por influencia de los Emperadores se distinguió con ella a las Vestales, aunque todavía no dejaba de ser más que un adorno; la forma era todavía la cinta que rodeaba el cráneo. Siendo las Vestales personas consagradas a la divinidad, con el tiempo, la mitra que llevaban fue haciéndose propia también de los sacerdotes paganos, quienes finalmente la hicieron exclusiva prenda sacerdotal. Virgilio en la Eneida pone esta frase: ínfula eui, sacra, redimibat tempora vittea; en general se puede decir que todos los clásicos, empleaban el nombre de ínfula para designar la banda con que los Sacerdotes Paganos se en-

volvían la cabeza. También llaman así al adorno que llevaban las víctimas que iban a ser sacrificadas, como podemos constatarlo por estos versos de una de sus Eglogas: *Saepe in honore Deum medio stans hostia ad aram, lanea dum nivea circumdatur infula Vitteae*.

Hasta aquí la forma de la Mitra, sigue siendo una simple cinta con algún adorno y su símbolo un simple distintivo en el sacerdocio pagano.

En este estado se encontraba la ínfula cuando se presentó el Cristianismo en el vasto imperio Romano. Cuando el Cristianismo convirtió las Basílicas Paganas en casa de oración, cuando moralizó la filosofía pagana, se apropió esa prenda de los sacerdotes idólatras y la dignificó dándole un simbolismo que los primeros cristianos copiaron de la Tiara del sacerdocio judío.

Hago un paréntesis para exponer algunas opiniones sobre la antigüedad de la Mitra como ornamento de los ministros sagrados. Esto es muy discutido; unos dicen que ya fue usada por los Apóstoles; aclarando que el Apóstol Santiago, pariente del Señor, llevaba una banda de oro como los Pontífices y que desde entonces tomó un tinte de honor, dignidad y distinción; más aún desde entonces o por lo menos unos cuantos años después, ya se distinguen la Mitra del Obispo y la Tiara del Papa; esto lo prueban la diferencia que encuentran en la Mitra del Papa San Silvestre, consagrado en el siglo IV, y la de los demás Obispos. Otros en cambio, dicen que es un ornamento litúrgico originado en el siglo X, quizá desde S. Clemente; pero ciertamente no muy antiguo y lo prueban por el silencio que guardan sobre dicho ornamento las antiguas liturgias, los antiguos autores eclesiásticos, el Sacramental de Gelasio I y el de S. Gregorio; también por los monumentos de Letrán que presentan a S. Agustín, lo mismo que un mosaico que representa a S. Ambrosio: en estos retratos di-

chos santos no llevan ningún adorno en la cabeza; además dicen que S. Isidoro de Sevilla, en el siglo VII entiende por ínfula, cierta prenda de las mujeres piadosas.

Mas creo que esto no puede probar nada, porque la Iglesia cristiana siempre usó la mitra para sus ministros; ciertamente en la antigüedad solamente podían llevarla aquellos Obispos que tenían privilegio especial del Romano Pontífice, pero por ejemplo: en el año 847 se concede a Anscario, Obispo de Hansburgo y a sus sucesores el privilegio de usar mitra. En esto podemos ver que la dignidad del Papa se manifestaba por la Mitra que llevaba, la cual indicaba la supremacía del mismo sobre los demás clérigos y obispos. A veces indica la dignidad de los mártires; por ejemplo, Gregorio de Tours muestra en su obra "La gloria de los mártires", al mártir Eugenio adornado por la Infula, y lo alaba con estas palabras: *Infulae maximum decus*. Inocencio I en unas cartas a los obispos de Macedonia se lamenta porque entre muchos clérigos que habían tomado a algunas viudas por esposas se encuentran no sólo los simples clérigos, sino por desgracia también algunos que ya tenían mitra: como es evidente por estas palabras no todos los clérigos la llevaban, sino aquellos que eran o se les creía dignos de la mitra por su santidad, por su sabiduría.

Así también el Papa Gelasio en el Siglo V hablando a los obispos de Lucanie, hace mención de dos personas indignas de portar las ínfulas de los clérigos. Como se ve, por estos monumentos la mitra era signo de dignidad, de majestad, y si la comparamos con la mitra actual podemos afirmar que no hay diferencia esencial entre una y otra; la mitra ya existía desde los primeros siglos del cristianismo: aunque la mayoría de los monumentos que aducen en su favor los que sostienen que la mitra era usada desde los primeros siglos, no datan más atrás del siglo

IV, sin embargo, hay que afirmar que si los hombres de ese tiempo así describían a los antiguos sacerdotes cristianos, quiere decir que la mitra era de su época o, por qué no decirlo, anterior al tiempo de ellos mismos. Se conserva la mitra de S. Agustín, era de color blanco, de forma aguzada, con una faja de oro y seda que la rodea por el medio; Tertuliano nos dice: "Quis vel postea apostolus vel evangelista aut episcopus non invenitur coronatus?"; o sea, todo apóstol, todo evangelista y en general cualquier obispo se encuentra coronado por la dignidad de su misión, dignidad que se palpa en algo exterior, por algo propio que sirve para distinguirlo de los demás clérigos, por la mitra.

Volviendo pues a la forma de la mitra, insistimos: era una simple diadema o corona, tenía algunas variaciones; en el arco triunfal de Galla Pacidia de S. Pablo Extramuros, se pueden ver los ancianos del Apocalipsis con unas coronas, en la frente, pero ya entretejidas, y con un nudo por delante. Ejemplos: el Papa S. Víctor, nos habla de unos padres del Asia que llevaban ornamentos de esta índole; sobre sus cabezas una simple banda de tela que rodeaba el cráneo. Al encontrarse la tumba de S. Gulberto, se vio al obispo ceñida la frente con una banda de metal, tachonada de piedras preciosas. Este es el primer cambio en la mitra; de tela pasa a ser de metal; veamos otro ejemplo: en un monumento de S. Vidal de Ravain se presenta al Sacerdote Melquisedec, adornada la frente con una lámina de metal terminando en dos puntas de tela que servían para afianzar por detrás de la cabeza a la corona. Después el frontal de la mitra fue de más grandes dimensiones aunque todavía de metal; esto lo decimos por un manuscrito de Kosmas que nos pinta a un personaje portando una corona pero con un frontal de amplias dimensiones.

El tipo primitivo se mantuvo durante mucho tiempo; ¿cómo y por qué fue dejado?, trataré de explicarlo brevemente. El contacto de la mitra con el cráneo acarreaba muchas enfermedades a los obispos, pues el metal se enfriaba mucho en invierno y algunos eran de avanzada edad o estaban calvos. Para prever esas enfermedades se empezó a usar un velo de grandes dimensiones; este velo debería ir afianzado por detrás con largos cordones colgantes, los que se convertirían en las tiras de la mitra episcopal; debería ir debajo de la corona. Después se juzgó que estaba demasiado grande, fue recortado y la parte que sobró se metía debajo de la corona como antes estaba; además para evitar que formara un bulto demasiado grande se repartió en dos partes: una se acomodó de tal manera que formara un casco esférico, es decir, acomodado a la cabeza y esto fue lo que más tarde se llamó *Solideo*. La otra parte del velo que fue la más grande se repartió en las extremidades de la cabeza: izquierda y derecha de tal manera que formó dos gruesos cuernos dando el aspecto de una gorra policíaca. La tela que formaban los cuernos sufrió muchos cambios; primero: formó unos cuernos muy delgados, esto obligó a que se unieran ambos y formaran una mitra redonda y aguzada como la de S. Agustín. Después volvió nuevamente a ensancharse y a formar cuernos más gruesos separándose uno del otro, al mismo tiempo que la tela puesta sobre un esqueleto, de tela, más resistente, después de pergamino y mucho más tarde de cartón. En fin se hizo un último diseño; los cuernos laterales vinieron a ser dos piñones anchos uno en la parte correspondiente a la cara del mitrado y otro atrás, unidos por la base y separados por arriba; éste fue el modelo de mitra que llegó al siglo X y que es el de la actualidad, con algunas variaciones.

Cuestionario acerca del Episcopado

Las respuestas son sólo un trasplante de la doctrina que acerca del Episcopado contiene la edición castellana del Diccionario Enciclopédico de la Fe Católica, que lanzó a la estampa la Editorial JUS, S. A., de México, D. F., el año 1953.

¿QUÉ SON LOS OBISPOS?—Los obispos (del griego *episkopos*, supervisor) son los sucesores de los Apóstoles y por institución divina están colocados al frente de iglesias particulares, que gobiernan con potestad ordinaria, bajo la autoridad del Romano Pontífice.

¿Cuántas clases de obispos hay?—Si bien de acuerdo con el Sagrado Orden Sacerdotal, que todos los obispos indistintamente poseen en su plenitud, no puede hacerse división alguna en clases; atendida, sin embargo, la jurisdicción de cada uno, los obispos pueden ser *residenciales* —que a su vez son metropolitanos o sufragáneos— y *titulares*, entre quienes se cuentan los coadjutores, los auxiliares y los castrenses.

¿Qué son obispos residenciales? Obispos residenciales o *diocesanos* son aquellos que han sido designados para gobernar una diócesis erigida canónicamente.

¿A quiénes se llama obispos titulares?—Se llaman obispos titulares —antes llamados obispos en tierra de infieles: *I.P.I. in pártibus infidélibus*— los obispos consagrados para una sede que, a causa de la disminución de su población cristiana, generalmente por las incursiones del Islam, se ha dejado fenecer. Estos son nombrados por el Papa (en los ritos orientales por el patriarca) como auxiliares de un obispo ordinario, vicarios y prefectos apostólicos, como un honor en reconocimiento de servicios distinguidos, etc.; un obispo ordinario que renuncia a su sede recibe una sede titular.

¿Qué jurisdicción ejercen los obispos titulares?—Los obispos titulares no tienen jurisdicción ordinaria ni en su propia diócesis o sede en caso de visitarla; cualquiera jurisdicción que ejerzan es delegada, por lo que no pueden ejecutar ninguna función episcopal, a menos que los autoricen sus obispos diocesanos o los términos de la comisión que se les ha dado. Sin embargo, en los concilios ecuménicos tienen iguales derechos que los obispos residenciales, si se les llama, pues el Papa no está obligado a convocar a los obispos titulares.

¿Qué son obispos metropolitanos?—Obispos metropolitanos son aquellos cuya sede es cabeza de una provincia eclesiástica. En este caso reciben el nombre de arzobispos; pero cabe hacer notar que arzobispo y metropolitano no son términos sinónimos, pues si bien todo metropolitano es por derecho arzobispo, no todo arzobispo es metropolitano, ya que, para serlo, se requiere que haya sufragáneos, y hay arzobispados que no los tienen.

¿Cuáles son los obispos que se llaman sufragáneos?—Se llaman obispos sufragáneos (del latín *suffragari*, soportar) a los diocesanos que están bajo un arzobispo como metropolitano; normalmente cada sede episcopal es sufragánea de un metropolitano, pero algunas dependen directamente de la Santa Sede. No debe confundirse esto con el uso anglicano de designar así a un obispo auxiliar; solamente el auxiliar de una sede suburbicaria (v. gr. Sabina) se llama sufragá-

neo en este sentido, y éstos están regidos por una legislación especial.

¿A quiénes se da el nombre de obispos auxiliares?—Se da el nombre de obispos auxiliares a los designados por el Romano Pontífice para ayudar a un obispo residencial en el gobierno de su diócesis, cuando él no puede administrarla debidamente, ya sea porque su edad o la falta de salud se lo impiden, o porque el territorio es muy extenso, o por algunas otras causas.

¿Y obispos coadjutores quiénes son?—Son obispos coadjutores los que se conceden a obispos residenciales para que les ayuden en el gobierno, con derecho de sucederles a su muerte. Se distinguen de los auxiliares en que éstos no tienen derecho de sucesión.

¿A qué obispos se les llama castrenses?—Se llaman castrenses (en inglés obispos del ejército) los obispos titulares nombrados por la Santa Sede para fungir como Ordinarios de los capellanes militares y de las fuerzas armadas de un país en la paz y en la guerra. El primer obispo castrense británico fue nombrado en 1917 y ahora tiene jurisdicción sobre todas las armas. El Ordinario militar de Italia tiene también jurisdicción sobre todos los religiosos, hombres y mujeres, que trabajan en los hospitales militares.

¿Cuándo a un obispo se le llama electo?—A un obispo se le llama electo cuando ha sido designado por la Santa Sede —o su elección ha sido confirmada por ella— pero que aún no ha sido consagrado ni entronizado. Tiene plena jurisdicción en su diócesis, pero por supuesto no puede confirmar, ordenar, etc., personalmente sino hasta que se le haya consagrado.

¿Quién hace la consagración de un obispo?—La consagración de un obispo la hace otro obispo, designado para ello por el candidato,

a quien asisten otros dos prelados que, simultáneamente con él, ejecutan el hecho de la consagración del nuevo obispo; esto es, uno se llama propiamente consagrante; los otros dos co-consagran con él. (En la América Latina hay el privilegio de que ayuden al consagrante dos clérigos constituidos en dignidad).

¿En qué consiste la consagración de un obispo?—La consagración de un obispo, que se verifica durante la Misa que el elegido concelebra, consagrando el mismo pan y el mismo vino que el celebrante, consiste en la preparación, que empieza antes de la Misa y termina después del gradual con la Letanía de los Santos; la consagración propiamente tal, que comprende la imposición de manos con las palabras “Recibe el Espíritu Santo”, y la unción de la cabeza y manos del elegido mientras se canta el *Veni Creator*; la entrega del báculo, el anillo y los Evangelios, la ofrenda que el elegido hace de vino, pan y velas en el ofertorio, entregándosele la mitra y guantes después de la bendición; la conclusión, que comprende la entronización del nuevo obispo (si la consagración se efectúa en su propia iglesia catedral); el *Te Deum*, la bendición que da él al pueblo y el saludo litúrgico a su consagrante, el beso de paz y el último Evangelio.

¿A quién compete designar obispos?—En la Iglesia occidental, y por derecho común, es el Papa quien nombra los obispos a discreción suya. Pero hay unas cuantas diócesis en las cuales el cabildo catedral u otra corporación tiene el derecho de elección. Además, la Santa Sede, en condiciones variables, suscribe concordatos en los cuales se deja al gobierno civil el privilegio de presentar o nombrar a un candidato.

Pero ninguno de estos nombramientos confiere el obispado. La colación tiene efecto únicamente por la institución del Pontífice

Romano. Igualmente la designación de personas por los cabildos y obispos ingleses sirve únicamente de guía a la Santa Sede, y no confiere ningún derecho.

¿Qué hay que notar respecto de los ritos orientales?—Respecto de los ritos orientales hay que notar que sus métodos para el nombramiento de obispos católicos varían grandemente. En las iglesias que tienen jerarquía debidamente organizada, el patriarca es elegido por un sínodo de obispos y confirmado por la Santa Sede. Los obispos melkitas son elegidos por el clero secular de entre tres candidatos propuestos por el patriarca de Antioquía, el cual escoge personalmente a los obispos titulares y consagra a todos los obispos. A la Santa Sede no se le informa necesariamente de la elección ni de la consagración. Entre los armenios, el clero y el pueblo escogen un obispo, y lo mismo acontece entre los sirios; pero el patriarca sirio nombra él mismo a los obispos residenciales. En las sedes caldeas las vacantes se llenan por el sínodo de obispos que escogen un candidato, ya sea de la lista propuesta por el clero y seglares principales o a discreción; la elección debe ser confirmada en Roma. Los obispos maronitas son nombrados por la jerarquía en sínodo, sin consultar al bajo clero, a los seglares ni a Roma. Hay cierta tendencia a no recurrir en estas materias a la ayuda de seglares eminentes. Los obispos católicos de otros ritos orientales son elegidos de diversas maneras en contacto directo con la Santa Sede.

¿Qué potestades tienen los obispos?—A más de la potestad de orden, que los obispos tienen en toda su plenitud, están investidos de la potestad de jurisdicción como sucesores de los Apóstoles y por institución divina gobiernan sus diócesis con poder ordinario bajo la autoridad del Papa. Tienen, por tanto,

poder legislativo, judicial y coercitivo; o dicho en otras palabras: un obispo puede promulgar las leyes que considere buenas para su diócesis; es juez de primera instancia en todos los juicios eclesiásticos y puede castigar a los seglares con censuras (privación de los beneficios espirituales) y a los clérigos con la privación de su cargo y también con censuras. Sin embargo, no pueden los señores obispos obrar contra la ley común ni tienen jurisdicción sobre los religiosos exentos; pero tienen la dirección suprema de su clero, la vigilancia del culto divino, la administración de la propiedad eclesiástica, la construcción de iglesias, erección de parroquias, etc.; además de estos poderes de que gozan por derecho propio como obispos, la Santa Sede suele concederles otros poderes, principalmente del fuero interno, como facultades especiales.

¿Cuáles son los principales deberes de los obispos?—Los principales deberes de los obispos son: gobernar sus diócesis con las atribuciones que quedan dichas (legislativas, judiciales y ejecutivas), exigir la observancia del derecho canónico, salvaguardar la fe y corregir los abusos. Antes de su institución deben hacer profesión de fe y otorgar juramento de fidelidad a la Santa Sede, dentro de los tres meses recibir la consagración, y dentro de cuatro meses tomar posesión formal de su diócesis, mostrando sus letras apostólicas al cabildo catedral. Los obispos están obligados a residir en su diócesis, y no deben estar ausentes de la catedral en ciertas épocas del año. Otros deberes suyos son predicar por sí o por otros; decir Misa para el pueblo en los días prescritos; presentar un informe quinquenal a la Santa Sede; practicar la visita *ad limina Apostolorum* (a las tumbas de San Pedro y San Pablo en Roma) y hacer la visita pastoral completa de la diócesis cada 5 años.

El Obispo, Forjador de “Cristos”

*Por el Pbro. SERAFÍN MIRELES,
De la Arquidiócesis de Monterrey.*

SI evocando los sagrados vaticinios con temor y temblor, inquirimos sobre la voluntad de Dios omnipotente acerca del acto más grande y más sublime, el más digno a su divina Majestad, del cual reciba una satisfacción condigna, una gloria y un honor divinos, oiremos el celestial mensaje que a través del profeta Malaquías (I, 10-11) nos transmite con tan sublime dignación que hace estremecer de gozo el corazón humano: “No aceptaré de vuestra mano ofrenda alguna (dice el Señor al pueblo judío). Porque desde Levante a Poniente es grande mi nombre entre las naciones, y en todo lugar se sacrifica y se ofrece a nombre mío una hostia pura, pues grande es mi nombre entre las naciones, dice el Señor de los Ejércitos”.

Y bien meditado, ¿cuál es esta hostia pura de referencia que se ofrece desde Levante a Poniente, sino el cruento sacrificio de la Cruz, que incruentamente se renueva en los altares,

desde la más suntuosa y arquitectónica Basílica hasta la más humilde capillita del último villorrio? Y si el sacerdote católico es quien ofrece el sacrificio incruento de la Santa Misa, ¿no es el Obispo quien le transmite esa potestad al imponerle las manos y decirle en el nombre del Señor: “Recibe la potestad de ofrecer a Dios el sacrificio y celebrar la Santa Misa por los vivos y por los difuntos”?

Y desde ese momento aquel miembro del Cuerpo Místico de Cristo, por participación, pasa a ser cabeza del organismo espiritual, quedando plasmada en su alma para toda la eternidad, la imagen de Cristo, con su legítima potestad de ofrecer la Hostia pura e inmaculada, estremeciendo de alegría el cielo y de esperanza la tierra. Algo deben tener las manos taumaturgas del Obispo que proyectan su luz, su poder hasta el trono del Altísimo, cuando en su nombre se ofrece de Levante a Poniente la Hostia Inmaculada.

“Al Obispo en su Diócesis le corresponde, bajo la dependencia del Soberano Pontífice, la suprema autoridad espiritual. El enseña autorizadamente la verdad y señala el error. Todo cuanto concierne a la Religión o esté vinculado con ella está incluido en su jurisdicción y los fieles están estrictamente obligados a aceptar dócilmente sus directivas y sus enseñanzas”.

Mons. Luis Concha, Arzobispo de Manizales.

El Seminario Conciliar de Cuernavaca

*Por el Pbro. LAURO LÓPEZ BELTRÁN,
Director de la Revista JUAN DIEGO.*

SE FUNDÓ a fines de 1894, por el primer obispo de la Diócesis D. Fortino Hipólito Vera y Talonia. Ciertamente quedó establecido en dicho año, puesto que consta en el Archivo del Seminario por un libro abierto en junio de 1895, para consignar los datos de los exámenes y calificaciones de los alumnos que habían cursado el primer año de Latinidad.

Provisionalmente tuvo lugar su instalación en los anexos del templo de la Tercera Orden de San Francisco, localizado dentro del atrio de la Catedral, esquina de Hidalgo y Emiliano Zapata, hoy Morelos.

El naciente plantel fue denominado por su fundador —benemérito de la Causa Guadalupeña—, Seminario Conciliar de Santa María de Guadalupe. Así vemos en su Segunda Carta Pastoral, con data 12 de noviembre de 1894, firmada en su Casa Episcopal de Cuernavaca, página 12, que amorosamente a la letra dice: “Poniendo como ponemos bajo la protección y amparo de la Santísima Virgen de Guadalupe nuestro Seminario Conciliar... ordenamos que se exponga la Efigie de la Soberana Señora en el lugar más distinguido de la capilla, de la aula mayor, de la biblioteca y de las cátedras de dicho Seminario... disponiendo también que el

día 12 de cada mes no falte... el ejercicio guadalupano”.

Fue su primer Rector el Sr. Pbro. D. Antonio Barba y Barón, sobrino del señor Obispo D. Tomás Barón y Morales, originario de San Miguel Treinta, Morelos, que gobernó la Diócesis de Chilapa y más tarde la de León, Gto.

El personal docente lo integraban: Mons. Vera, que atendió la cátedra de Teología Moral, y los Sres. Pbro. D. José Vargas Porras y Escalante, el Rector ya citado y el Cura Párroco del Sagrario, D. José Guadalupe González.

Alumnos fundadores: Rafael Quevedo, de Tenancingo, Méx.; Valentín Martínez, de Temamantla, Méx.; Conrado Navarro y Enrique Pérez, también del Estado de México; Eliseo Espinosa, de Jojutla, Mor.; Fermín Contreras, de León, Gto.; José Ortega, cuyo lugar de nacimiento ignoro y Ladislao Aviña, de Zacatecas, que ingresó ya casi con los estudios terminados y por lo mismo fue el primer sacerdote ordenado por Mons. Vera. Cantó su primera Misa en nuestro Santuario de Guadalupe, en mayo de 1895, año en que ya asistió el Seminario de Cuernavaca a los actos de la Coronación en la Colegiata de Guadalupe.

En la página 58 del Tomo II del Boletín Oficial y Revista Eclesiástica de Cuernavaca, correspondiente al año II y No. 3, con fecha 1o. de Febrero de 1901, se afirma que Mons. Plancarte y Navarrete, segundo obispo de Cuernavaca, que tomó posesión de su Diócesis el 16 de febrero de 1899, en enero de 1900 le dio nuevo impulso al Seminario, que puso bajo la dirección de los Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús, Congregación fundada en Tortosa, España, por el Dr. D. Manuel Domingo Sol, para cooperar con los señores obispos en la formación del Clero Secular. Se reinstaló en los claustros del ex-convento franciscano, contiguo a la Catedral, bajo el título del Castísimo Patriarca Señor San José.

En la esquina de las calles de Hidalgo y Netzahualcóyotl, se levantó el edificio del primer Seminario de Cuernavaca, propiamente dicho, a espaldas de la Catedral, comprado por Mons. Plancarte y Navarrete, por el año de 1907. Esta casa tenía un solo piso y se ocupaba para hotel, denominado "Hotel Manjarrez". Su dueño, el Lic. Ignacio Manjarrez, lo vendió a principios del presente siglo. El nuevo dueño lo denominó "Hotel Jardín". Y Monseñor Plancarte y Navarrete, lo compró con todo y muebles. Lo reparó y arregló debidamente. Aunque los alumnos empezaron a ocupar el edificio en ese mismo año, para trasladar sus objetos escolares y adaptarlo definitivamente, y para el adorno de la nueva capilla en que habían de colocar a su titular, el Señor San José, la inauguración se hizo hasta el 6 de enero de 1908, llevando la comunidad en procesión el Santísimo en manos del propio Rector, Padre Laurentino García.

Antes de ocupar el nuevo edificio, en 1903 y 1904, Mons. Plancarte inició y terminó la erección del Observatorio Metereológico del Seminario, construido en los anexos del Obispado, cuya puerta de ingreso se abría por

la calle de Netzahualcóyotl, y aún perdura el zaguán primitivo, aunque en manos extrañas que intervinieron esa parte de la casa episcopal. El Director del Observatorio fue uno de los mejores astrónomos de su época, el Padre Juan Valles Anguera, que al mismo tiempo, ocupaba el cargo de Rector del Seminario.

Los peritos del Observatorio Astronómico Nacional de Tacubaya, que dirigieron la instalación de los aparatos, suponían que tal vez no sería capaz de su dirección el mencionado sacerdote. Para explorar sus conocimientos, le insinuaron que demostrara cómo funcionaban y cómo se manejaban. Lo que hizo de tal manera, que admirados no pudieron menos de alabar su habilidad y profundos estudios sobre la materia. A partir del mes de abril de 1905, empezaron a publicarse mensualmente y sin interrupción en el Boletín Oficial de la Diócesis, las observaciones climatológicas. Los extraños que se adjudicaron esa parte del Obispado le tiraron la mitad de altura y ahora sólo parece una torrecilla como mirador o atalaya.

El 25 de julio de 1914, adelantados los exámenes, tuvieron que abandonar el edificio los seminaristas. Fueron despachados a su casa con la advertencia de que no volvieran hasta que se les llamara, pues ya no pudo sostenerse a causa de la pobreza motivada por la revolución de aquellas calendas de infausta memoria. Como las cosas siguieron de mal en peor, poco a poco las familias cuernavacenses se fueron trasladando a la capital de la República. Los últimos sacerdotes y moradores de Cuernavaca salieron el 5 de febrero de 1917, en furgones proporcionados por el Gral. Pablo González. La odisea duró cinco días, pues arribaron a la ciudad de México hasta el día diez del mismo mes y año, en cuyo transcurso sufrieron hambre, sed y todo linaje de calamidades.

Los cultos pudieron reanudarse en febre-

ro de 1919, habiendo permanecido todo el pueblo de Morelos durante dos años en la diáspora. Los seminaristas regresaron nuevamente a su casa de estudios, donde permanecieron hasta el 15 de julio de 1922. Por falta de recursos económicos tuvieron que abandonar nuevamente el edificio y regresar a los anexos de la Catedral. Desde entonces el ex-convento franciscano quedó convertido definitivamente en Seminario.

El Sr. Pbro. Lic. D. Lorenzo Vergara, que fue el último Rector del Seminario cuando permaneció últimamente en el mencionado

edificio, entregó esta Casa de estudios el 15 de julio de 1922 al Sr. Pbro. D. Pedro Castillo, quien el 31 del mismo mes y año lo rentó al Sr. Antonio Richerán en la friolera de \$ 150.00 mensuales. Este señor lo subarrendó al ejército local quien lo convirtió en cuartel y pagó únicamente la mensualidad de agosto. Desde aquella fecha ni pagó ni desocupó el edificio. Actualmente ha sido convertido por el Gobierno del Estado en la escuela denominada "Benito Juárez", donde se imparte la enseñanza primaria y secundaria.

EL CONFESOR FORASTERO

Durante uno de los viajes que Monseñor Sarto, como Obispo de Mantua, hizo por su diócesis, llegó a una parroquia en la que el Párroco no gustaba de madrugar. El Obispo llegó a la iglesia a las cinco de la mañana en vez de a las nueve, como estaba anunciado, y al entrar en la iglesia se encontró con una gran cantidad de fieles que querían confesarse. El Obispo se sentó en el confesionario y comenzó a oír las confesiones de sus diocesanos. Una hora después llegó el Párroco, y enterado de que un sacerdote extraño estuviese oyendo confesiones sin su permiso, se avalanzó sobre el confesionario, abrió bruscamente la puerta para ver quién era el que estaba dentro y su confusión fue enorme cuando se encontró cara a cara con su Obispo.

El ejemplo del Prelado no dejó de producir su efecto, pues el sacerdote fue desde entonces más madrugador.

(A. Meyer, Anécdotas, pág. 162).

J. M. G. (10').

CLERO DIOCESANO

Los Tres Primeros Sacerdotes ordenados en la Diócesis de Cuernavaca

EL 3 de julio de 1894 el “Ilmo. y Rvmo. Sr. Lic. D. Fortino Hipólito Vera” fue preconizado Primer Obispo de Cuernavaca, el 29 del mismo mes fue consagrado en el templo de Capuchinas de la “Ciudad de Guadalupe Hidalgo, tomó posesión por apoderado el domingo 5 de agosto e hizo su entrada solemne a la Ciudad de Cuernavaca el viernes 10 de agosto del mismo año.

Así acabó la sede vacante desde su erección de la Diócesis de Cuernavaca.

El Clero de la nueva Diócesis estaba formado por los Sacerdotes que en ella se encontraban desempeñando oficios o beneficios al momento de su erección. Al llegar el Sr. Obispo comenzaron a llegar seminaristas que pedían ser recibidos por él. Aquí se refieren los datos recogidos sobre los primeros ordenados Sacerdotes.

José Inés Anastasio Rocha, originario de la Hacienda del Jaral de la Parroquia de S. Diego, de León, Gto. fue el primero en solicitar su admisión; el 17 de agosto presentó testimonio de haber relajado su domicilio de origen y fue admitido y citado para prestar el juramento de fidelidad. Ese mismo día pidió un lugar de gracia en el Seminario, que se le concedió y se le ordenó que viviese en la casa cural, mientras se abría el Seminario, y que repasase sus materias para presentar el examen sinodal.

El 31 de agosto fue visto en el acuerdo

episcopal un memorial suyo en que pedía la primera Tonsura y las Ordenes menores y mayores, incluido el Presbiterado. Se dispuso que se hiciesen las informaciones (56).

Estas llegaron el 5 de octubre y se dio orden de que hiciese ejercicios (120).

En Tepoztlán, donde practicaba la Visita Pastoral el Sr. Obispo, fue *Tonsurado* el día 7 de octubre de ese año.

Conrado Navarro, nativo de Sultepec, Edo. de México, ya estaba tonsurado el 9 de septiembre al solicitar su admisión en el Seminario, que se le concedió siempre que presentase relajación del domicilio por origen. Dicha relajación le fue otorgada por el Sr. Arzobispo de México el 21 de septiembre y al presentarla juró domicilio el mismo día 5 de octubre, en que fue admitido a la Primera Tonsura *Rocha*.

Los dos dieron los mismos pasos en adelante hasta ser ordenados Sacerdotes. El 13 de octubre pidieron las *Ordenes Menores* y fueron citados para el día siguiente en la S. I. Catedral, donde fueron ordenados extra tempora de las cuatro *Ordenes Menores* a las 6 a. m.

Hacían sus ejercicios cuando pidieron el *Subdiaconado* el 18 de octubre, día en que se les dio boleto de admisión al examen sinodal y se les citó para el domingo 21 de octubre en la S. I. Catedral a las 6 a. m.

No hay constancia de que se haya veri-

ficado esta ceremonia, ni tampoco hay noticias del *Diaconado*; pero el 29 de diciembre ya pudo disponer el Sr. Obispo desde Quebrantadero, lugar de tránsito de la Visita Pastoral, que el “Diácono” Conrado Navarro diese clase de latín en el Seminario, y como Diáconos y alumnos internos del Seminario, ambos pidieron su admisión al Presbiterado el 22 de febrero de 1895.

Para entonces ya se había agregado otro alumno interno en el Seminario, *Eliseo Espinoza*.

Eliseo Espinoza, originario de Jojutla, Mor., era alumno del Seminario de México y al presentar su solicitud para ser admitido

en el Seminario de Cuernavaca con goce de beca, era Diácono, el 10 de diciembre de 1894.

El Sr. Obispo lo admitió, con tal que presentase la autorización del Sr. Arzobispo de México, a cuyo Clero pertenecía. Presentó este documento el 6 de febrero y el 8 del mismo mes juró fidelidad al Obispo de Cuernavaca en el Palacio Episcopal.

Pidió junto con *Rocha* y *Navarro* su admisión al *Presbiterado*.

Estos tres Sacerdotes fueron las primicias sacerdotales de la Diócesis de Cuernavaca.

† SERGIO MÉNDEZ ARCEO

¹ Todos estos datos están tomados del *Libro lo. de Gobierno* existente en el Archivo Episcopal.

El Clero en la Diócesis de Cuernavaca

PRESENTAMOS un esquema del estado del Clero en la Diócesis de Cuernavaca desde la entrada solemne de su Primer Obispo el Ilmo. y Revmo. Sr. Lic. D. Fortino Hipólito Vera a la Ciudad de Cuernavaca el 10 de agosto de 1894 hasta el fin de ese año, con los datos que se encuentran en el *Libro 1º de Gobierno*, en el *Libro 1º de dispensas matrimoniales*, en el *Libro 1º de Circulares*, en el *Libro 1º de licencias de ministerio* y en un *Itinerario de la Visita Pastoral...* del 18 de diciembre al 28 de enero de 1895, anónimo. Todos están en el Archivo Episcopal.

Lic. José E. Vargas Porras G. nombrado Vicario general y Provisor, 13/8.
Antonio Barba Barón admitido de Chilapa, 6/12, y nombrado Notario 13/8.
José Pilar Sandoval aparece como Secretario de Visita en diciembre.

Miguel Ruiz Ocampo fue el encargado de erigir en Parroquia a Jojutla, 11/10. José Coronado Fernández fue admitido, si presentaba relajación de domicilio, 30/8.

PARROQUIAS:

Cuernavaca	J. Guadalupe González. Justo Gálvez, vicario. José Reyes Román, trasladado a Jantetelco.
Cuautla	Juan Bautista de la Cruz, trasladado de Jantetelco, 22/8. Tranquilino Fermín Hernández, vicario.
Yecapixtla	Enrique Degruns. Teobaldo Fabre, O. Praem., 24/8.

Yautepec	Carlos Rafael Nolleau, O. Praem, agregado.	Ocuítuco	Manuel Corral.
	Francisco Reyes, nom- brado 22/8.	Xochitepec	Dr. Manuel Estraguez y Oliver.
	Cayetano Moreno, admi- tido de México y nom- brado vicario, 5/10.	Mazatepec	Juan B. Mancilla, vica- rio.
Tlaltizapán	Benito Teixidor, residen- te, nombrado Capellán del barrio de Santiago, 4/9.	Jiutepec	Fr. José Ramírez, trasla- dado de Jojutla, nom- brado, 3/9.
	Zenón Ocampo.	Tepoztlán	Lorenzo Castro.
	Agapito Minos.		Rafael Guerrero, trasla- dado a Tepalcingo.
Tlaquiltenango	Merced L. Mondragón.		Florencio Talonia admi- tido de México 28/8,
Tlayacapan	José Roberto Doria. Su- plido por Secundino Roa, nombrado, 26/12.	Hueyapan	nombrado Vicario Fo- ránco, fue erigida en Foranía, 10/9.
Totolapan	Victorino Mondragón.		Aristeo Rojas Ortiz a Oaxtepec. Cfr. Ocuítu- co.
Tlanepantla	Evaristo Nava.		Prisciliano Espíritu, pero el 14/12 aparece como "auxiliar" de Tlaquilde- nango.
Atlatlahucan	Aristeo Rojas Ortiz dejó Hueyapan, posesión, 13/10.	Huautla	
Oaxtepec	Adelaido Vargas, trasla- dado de Huitzilac, nomi- brado, 28/9.		
Jumiltepec	Adelaido Vargas, trasla- dado de Huitzilac.	VICARÍAS FIJAS:	
Achichipico	Cfr. Ocuítuco.	Huitzilac	Adelaido Vargas, trasla- dado a Jumiltepec.
Tetela	Sotero Santiago Gómez, admitido de México, 28/8, nombrado, 30/8.	Jojutla	Fr. José Ramírez, trasla- dado a Mazatepec. En- comendada a Tlaquilde- nango 30/8. Erigida en Parroquia, 11/10.
Jonacatepec	Rafael Guerrero, trasla- dado de Tepoztlán, nombrado, 12/10.	Tetelpan	(?)
Tepalcingo	Regino Mimblera.	Tetecala	(?)
Atlachualoya	Juan B. de la Cruz, tras- ladado a Cuautla.	Miacatlán	José Refugio López Mar- tínez.
Jantetelco	José Reyes Román, tras- ladado de vicario del Sagrario, nombrado, 21/8.	Coatlán	José M. Pacheco.
Zacualpan	Marcos Osuna.	Amacuzac	José M. Zaragoza.
		Puente de Ixtla	José M. Zaragoza.
		Ayala	Buenaventura de Jesús Avella.

SERGIO MÉNDEZ ARCEO

Sacerdotes Beneméritos



Ligera Semblanza de Monseñor José García Ortiz

EN DIAS PASADOS pasó a mejor vida uno de los sacerdotes más beneméritos de esta Diócesis de Cuernavaca: el Ilmo. Monseñor Dr. D. José García Ortiz.

Todos sus estudios los hizo en Roma y es fama que de una manera brillante. En tan larga estancia captó mucho de la disciplina jesuítica, tanto que, ya de regreso a su patria, llegó a pensar en pertenecer a dicha Orden; pero, con muy buen sentido, prefirió consagrarse en alma y cuerpo a su Diócesis tan necesitada de clero y más aún, de clero bien versado en las ciencias eclesiásticas, como Dios quiso que fuese el Ilmo. Sr. García.

Fue siempre de trato sencillo y cordial con sus compañeros y súbditos, aun en el tiempo en que ocupó el cargo de Vicario Capitular. Nunca hizo alarde de su carrera y ejerció la autoridad con suma prudencia y moderación.

El que esto escribe se dio cuenta del pleno dominio de sí mismo que tenía el llorado desaparecido. En cierta ocasión, le pidió una gracia y le fue negada. Entonces el peticionario, llevado de su carácter nervioso, a

gritos en la misma secretaría, alegó las razones de su petición y le dijo estas palabras: "Dicen que vas a ser Obispo; entonces verás lo que es bueno". Y el Sr. García, sonriéndose, le contestó con toda calma: "Bueno; pues ya lo veré". Y ahí terminó el asunto sin más.

Pero la mejor alabanza para Monseñor García la hizo una vez el también desaparecido Excmo. Sr. González Arias en estos términos: "El Sr. García ha sido para mí, cabeza, manos y todo". Hacía referencia el señor Obispo a que por su edad y sus achaques necesitó de la eficiente ayuda del que era su Vicario General.

De carácter jovial, siempre tenía para los sacerdotes alguna frase que demostraba su compañerismo. Sumamente amable y condescendiente con las religiosas y la gente humilde que lo trataron.

Hombre piadoso y recto, deja un vacío en la Diócesis difícil de llenar.

Ya descansa en el seno de Dios.

PBRO. J. L. PALACIOS.

30 de octubre de 1958.

IMAGENES y TEMPLOS....



NUESTRA SEÑORA DE LOS MILAGROS

QUE SE VENERA EN SU SANTUARIO DE TLALTENANGO,
ESTADO DE MORELOS

Por el Pbro. LAURO LÓPEZ BELTRÁN.

PRIMERA PARTE

LA IMAGEN

LA HOSTELERÍA DEL MARQUÉS

CUANDO el Marqués del Valle de Oaxaca heredó a su hijo D. Martín, nacido en 1532 en Cuernavaca, su casona de Tlaltenango, donde otrora se habían instalado las maquinarias del ingenio, el edificio quedó casi vacío, ya que el ingenio se había trasladado a Atlacomulco. Los trabajadores también fueron transportados al mismo pueblo. Sólo quedaron al cuidado de la mansión los mozos de más confianza del II Marqués del Valle.

Los grandes portalones, sostenidos por pilares de fuerte y maciza mampostería, con espaciosos corredores, servían de alojamiento a los caminantes. Estos solían pedir comida a los custodios del caserón y la pagaban bien. Paulatinamente los alojados aumentaban y se convirtió el viejo ingenio en una hospedería. Había buena comida y mejores vinos, así como también forrajes para

las cabalgaduras, tanto de silla como de carga, pesebres y caballerizas.

En el siglo XVII, subió de importancia, pues en ella hacían alto y a veces término de la jornada las recuas procedentes de Acapulco, cargadas con las sedas de China y los mantones de Manila, que se vendían, en parte, en el Parián de la metrópoli de los Virreyes; se incrementó más aún su auge en el siglo XVIII con los atajos de mulas manas transportadoras de la plata en barras, sacada de los minerales del Real de Taxco, que se acuñaba en reales y doblones; y todavía más en el siglo XIX, con motivo de las diligencias, especie de grandes carruajes tirados por 4, 8 y hasta 12 pacientes mulas.

Desde 1550 se le dio gran importancia a Acapulco, y fue la razón por la cual en 1592 el Virrey D. Luis de Velasco mandó construir un camino de herradura que uniera al puerto del Pacífico con la Capital del Virreinato. De Cuernavaca a la metrópoli de la Nueva España, ya Cortés había roturado y abierto la primera brecha. En 1750 el rico minero D. José de la Borda mejoró este camino, desde Taxco a México. Como las ruedas de las diligencias eran de madera con

rings de metal, y rodaban sobre camino empedrado, daban tumbos capaces de romper los huesos a los descuidados viajeros.

DOS ILUSTRES VIAJEROS

Corría el año del Señor de 1720. Una tarde del último día de mayo, el mes de las flores, cargando una bien guarnecida caja, se presentaron dos apuestos mancebos, que al parecer, venían de Acapulco. Descansaron un poco su carga en el portalón de la hospedería, antes descrita, donde antaño, estuvieron la hacienda e ingenio de Cortés.

Allá dentro, se oían voces y carcajadas, canciones andaluzas, cantos flamencos. Un grupo de españoles y mestizos jugaban a los naipes y apostaban buenos tarros de generoso vino, celebrando la llegada de unas barricas procedentes de Valencia, Murcia, Málaga y Alicante, que hacía más de un año estaban en el puerto de la Veracruz, por dificultades de transporte.

Los gallardos mozalbetes, temiendo inmiscuirse con aquellas gentes, no se atrevieron a pedir ni un vaso de refrigerante agua, lo que más hubieran deseado, ya que los calores propios del mes de mayo y la pesada y larga caminata, los hacían sudar y arder de asfixiante sed. Se limpiaron el sudor que bañaba sus frentes y se disponían a buscar alojamiento en alguna casa particular, lejos del bullicio.

Cuatro peones, nacidos en México, pero de padres hispanos, que más que trabajar en el campo, simulaban ser capataces de los demás, se dirigían a la tienda, sabedores de los nuevos viejos vinos que la tarde anterior habían llegado. Y al ver a los jóvenes de prestantísima indumentaria y de varoniles rostros principescos, a la par que modestos y circunspectos, sorprendidos suspendieron su camino.

Queriendo halagar a tan honorables huéspedes y enlazarlos con el dorado hilo de la simpatía, les ofertaron un vaso de buen vino, el cual, con recato y finura declinaron. Con un dejo de melancolía se despidieron diciéndoles: —Entonces, muy buenas tardes les dé Dios a sus mercedes. Ellos contestaron: —¡A Dios les encomendamos, que El los bendiga!

POSADA DE DOÑA AGUSTINA

Los jóvenes de gallarda presencia y de agradable aspecto, levantaron su misterioso arcón, de pulida tapa llana, asegurada con bisagras y cerrojos. Los citados peones llevaron la noticia a los bulliciosos contertulios. La novedad los impelió hacia afuera, oteando desde el portalón y acechando a la inusitada pareja, envolviéndola con su mirada inquisidora.

Radiadas de multitud infantil pululaban frente a la hostelería y pronto rodearon con azoro y curiosidad a los garbosos y gentiles visitantes. Aquellos ruseñores sin jaula de la floresta humana les informaron que además de la hostelería existían otras casas de huéspedes dentro y fuera del casco de la misma hacienda, entre ellas la de doña Agustina Andrade, señora de excelsas prendas y de acrisoladas virtudes, la más estimada y recomendable dama del vecindario.

Allá se dirigieron, siendo bien recibidos y esmeradamente alojados en el mejor aposento. Entremos con ellos a la estancia donde descansaron su secreto arcón sobre una rústica mesa compuesta de dos tablones sostenidos por dos troncos de árbol clavados en el suelo y rematados con ramas que a guisa de brazos servían de soporte.

Una ristra de luengos y encanutados otares sobre sendos bancos formaban la cama sobre la cual se veían limpios petates de teji-



La Maravillosa Aparición de Nuestra Señora de los Milagros de Tlaltenango.

da palma y muelles almohadas rellenas de algodón. Dos labradas piedras empotradas en los muros, condenadas a cargar una pesada rastra, viejo instrumento de agricultura, constituían el incommovible y duro banco que tenía por respaldo el mismo muro. Ahí se sentaron los donceles airoso y esbello y de porte majestuoso, según se colige del relato que nos proporciona la hermosa tradición.

HUÉSPEDES CELESTIALES

No se cansaba la señora de la casa de auscultar aquel par de distinguidos caballeros que en todos sus modales acusaban una educación refinada y una nobleza extraordinaria. A través de la envoltura de su carne se adivinaba la belleza de su espíritu. Sus miradas eran dulcoidas y profundas, de sus labios destilaba miel hiblea.

Tal era el recato y la modestia que manifestaban en sus amables coloquios, que más bien parecían ángeles que hombres. Igual la estatura, robusta la complexión, uniforme la indumentaria, risueño el semblante y parecido el color. Era tal la semejanza, que ni la escrutadora mirada exploradora de doña Agustina hubiera podido distinguir el uno del otro si se le presentaran por separado.

Hubiera querido doña Agustina no dormir en aquella noche y dejar el ajetreo y el movimiento de su hospitalaria posada para estar embebida en la contemplación de tan distinguidos alojados. Mas éstos se recluyeron en su habitáculo despidiéndose con una inextinguible sonrisa que se hizo indeleble en sus ojos y con dulcisonas palabras cuya musicalidad se le grabó para siempre en el disco de sus oídos.

En su pecho no cabía la emoción que embargaba su alma y de ella hizo partícipes a los demás huéspedes que pernctaron esa no-

che en su feliz morada. Los comentarios florecían en los labios de todos y se miraban cariacontecidos sin salir de su asombro y maravillados de no haber nunca jamás contemplado hermosura igual en seres de este planeta. Cuantos gozaron la venturanza de ver con humanos ojos la prestancia de tan majos y donosos efebos, nunca olvidaron su apolíneo cuerpo y su venusta efigie, creyendo disfrutar en esta tierra del raro carisma de ultravisión. La relación de Fray José Francisco Valdés, supone que dichos jóvenes eran ángeles disfrazados con forma humana.

LA DEPOSITARIA DEL ARCÓN

Cuando los rosicleres de la aurora anunciaban el nuevo orto allá en el lejano horizonte, las estrellas abandonaban sus escaños de plata y el último polvo de la luna brillaba en sus cabellos melados, nuestro par de adolescentes con rítmica cortesía se despidieron de doña Agustina rogándole cuidara de su valioso arcón, constituyéndola depositaria hasta su próximo arribo. La lumbré de sus ojos garzos iluminó la faz de doña Agustina, deslumbrada por su belleza, prometiéndoles guardar su tesoro como en un relicario.

Caminando como en zancos, doña Agustina irrumpió en la habitación de los que fueran sus venerables huéspedes. Enorme fue su sorpresa. La cama estaba intacta. Las almohadas daban fe de no haber sido usadas. El petate de tule extendido al pie, a manera de tapete, hallábase en el mismísimo lugar. ¿Dormirían en la mesa de duros tablones o sobre la rastra que hacía las veces de banco? ¿Serían ángeles con formas humanas? Nadie podía contestarle estas preguntas.

Pasaron varios días. Doña Agustina estaba mas que intrigada, alimentando la ilusión y abrigando la esperanza de que los gallardos jóvenes volverían. Por toda una semana no

se hablaba de otra cosa en el villorrio. Los peones, los contertulios, los tenderos se reunían noche a noche para investigar nuevas noticias entre los amigos. Pero nadie sabía nada. Los niños habían regado la noticia en sus hogares y en la escuela. La posada de doña Agustina era punto de convergencia de los curiosos.

El arca era un arcano. Doña Agustina no se atrevía casi ni a tentarla. La habitación nadie la había ocupado desde aquella noche. Algunas veces, espoliada por la indiscreción y aguijoneada por el afán incoercible de la curiosidad, casi tenía la audacia de abrirla. Pero los cerrojos eran inviolables.

MÚSICAS, LUCES Y PERFUMES

Por fin se decidió doña Agustina a clausurar la habitación hasta nueva orden. Pues cada vez que entraba padecía insomnio por estar pensando en la belleza de los portadores del arca, cada vez más arcana. Pero sucedió que una noche, sin poder dormir, se levantó a tomar aire y acertó a pasar junto a la famosa habitación. Y fue dulcemente sorprendida por una música celestial que parecía salir del cuarto. Trajo la llave, prendió luz y su misma sombra proyectada la producía espanto.

Despertó a sus hijos e hijas. Todos oyeron la música. De común acuerdo pensaron no decir a nadie tal misterio. Pero la música siguió escuchándose. Y una nueva sorpresa. Por los resquicios del arca salían hilos de luz vivos y tan blancos como los de un lucero. Silenciosos se miraban unos a otros, sin explicarse nada. La maravilla siguió adelante. Pues notaron que además de las notas musicales y de la bellísima luz, exhalaba la cajita un exquisito perfume, a veces como de nardo, unas ocasiones como de sándalo, otras como de lináloe.

El secreto no pudo seguir más. Habían pasado dos meses. Finalizaba agosto. Por lo que ya decidieron dar parte a las autoridades, tanto civiles como eclesiásticas. Pero temían que les arrebataran aquel tesoro. Se creían propietarios, ya que los dueños no habían regresado. Fluctuaban, vacilaban, a ratos se decidían, a ratos pensaban lo contrario. Pero resultó que las vecinas y los vecinos se dieron cuenta de todo, por las imprudencias de alguno de los miembros de la familia que lo contó a sus amigos y amigas de confianza.

Cuando lo que había sido un secreto de familia se hizo del dominio público, ya no había otra alternativa. No quedaba mas que un paso que dar: Avisar a las dos autoridades. Pues si no lo hacían, tal vez serían reconvenidos. Además que las músicas, luces y perfumes, eran claros signos celestiales que manifestaban la voluntad de Dios de que lo que había en el arcón, apareciera a los ojos de todos.

EL GUARDIÁN DEL CONVENTO

El 13 de octubre de 1709 había tomado posesión de la Parroquia de la Asunción y del Convento Franciscano de Cuernavaca el M. R. P. Fray Pedro de Arana, de la Orden de San Francisco. Era al mismo tiempo Cura de la Parroquia y Guardián del Convento. Frisaba en los cuarenta años de edad. Hombre lleno de ciencia y de virtudes, difícil de sorprender con supersticiones que menudeaban a tutiplén entre los indios y a porrillo entre los españoles.

Muy de mañana, cuando apenas había tomado su parco desayuno, se presentó doña Agustina con varios vecinos de Tlaltenango. Un hermano lego le llevó el recado. Esperaba la comisión en la sala de recibo, austera y pobre, pero ordenada y limpia. Al frente

del salón había una bella imagen de Cristo Crucificado, obra de un artista español, ejecutada en marfil, regalo de doña Juana Ramírez de Arellano y Zúñiga de Cortés, que había sido gran benefactora del Convento. En un lado mirábase estofada en oro, la bellísima imagen del Seráfico Patriarca; en el otro, la de Santa Clara.

Mirando estaban dichas imágenes, cuando hizo acto de presencia el M. R. P. Guardián. Acostumbraba introducirse las manos entre las anchas mangas de su raído hábito, tal vez por humildad, para evitar el reverente ósculo de los que le visitaban. Después de los cristianos saludos, la comisión explicó su cometido. Se mostró impasible. Preguntó que si eso era todo, para retirarse porque su presencia la reclamaba el reglamento de la casa. Al ver doña Agustina su incredulidad, se explayó mejor, rogándole que fuera ese mismo día a cerciorarse. "Allá iré esta noche", respondió Fray Pedro y se levantó despidiéndose amablemente.

En seguida la comisión se trasladó al palacio del Alcalde Mayor de la ciudad, y habiendo escuchado todo el relato, se mostró maravillado y prometió ir con Fray Pedro, su excelente amigo, para hacer juntamente la inspección de la caja misteriosa.

INSPECCIÓN DEL ARCA

El sol, como una inmensa bola de fuego descendía volcando su ardiente pedrería en un lago de sangre y de oro, allá en el ocaso. Fray Pedro de Arana salió del convento tocada la cabeza con su amplia capucha y acompañado de otro fraile y un hermano lego. Un cielo de cobalto, barrido de nubes, miraban en la comba del firmamento. El Alcalde Mayor, acompañado de dos guardias

de palacio, ya de acuerdo, esperaban en la puerta del atrio. Reunidos los seis personajes hicieron la caminata a pie, para no llamar la atención, yendo en mansos borriquillos o en buenos caballos.

En las entradas del pueblo de Tlaltenango, todas las gentes reverenciaban a los monjes y saludaban respetuosas al señor Alcalde Mayor y a sus acompañantes. Llegaron a la casa de doña Agustina, y tras breves saludos, guiados por ella, entraron al cuarto. La noche había ya tendido su fúnebre capuz. La hora era propicia para observar los fenómenos de la iluminación que encerraba la misteriosa caja. El alboroto de los visitantes y la bulla de los huéspedes no dejaba escuchar las melodías salidoras del arcón.

El P. Guardián mandó guardar silencio y apagar los faroles que habían llevado doña Agustina y otros criados de la casa. ¡Oh maravilla, la música se dejó escuchar con mayor claridad y belleza! y poco a poco pudieron comprobar que por las hendiduras de la caja, salían resplandores como de luz de Bengala. La habitación se iluminó sola como si oculta e indirectamente se hubieran instalado fuertes lámparas eléctricas de nuestra moderna y blanca luz de gas neón. El perfume que se desprendía del arcón, deleitaba el olfato de los concurrentes que guardaban un silencio de momia egipcia.

Nadie se atrevía a moverse, todos parecían esfinges. Oían, miraban, escuchaban sin salir de su asombro. En esta especie de arrocamiento permanecieron un rato. Por fin, Fray Pedro deshizo el paréntesis de silencio dando algunos pasos hacia la misteriosa caja. La tocó, la observó, la examinó e hizo señas de traer alguna herramienta para abrirla. Los corazones latían con más fuerza y los pulmones respiraban con ansia.

¡ESPLENDOROSA MARIOFANÍA!

Cuando con mano temblorosa por la emoción Fray Pedro de Arana levantó la tapa plana del arcano arcón, apareció ante la vista de todos la hermosísima Virgencita recostada en acojinada felpa y nivea seda con ribete burriel y azul. El nimbo luminoso que circundaba sus inmaculadas sienes despedía vivos resplandores que invadían toda la estancia. Sus virgíneas manos, juntas y en actitud deprecativa, irradiaban igualmente bellísima luz ingrátida y sutil. Y a través de sus brillantes vestiduras de tisú y de riquísimo brocado, también se desleía blanquísima luz.

Insensiblemente todos doblaron las rodillas, postrándose de hinojos en el suelo, dilatando sus pupilas y enfocando sus retinas para captar su célica belleza. Fray Pedro se bajó la capucha sobre los hombros, y reverente se inclinó hasta sus purísimas manos que besó con enternecimiento. Igual hicieron todos juntamente con doña Agustina, sus familiares y vecinos del pueblo que habían acudido como por encanto. Su túnica era color de rosa y cerúleo el manto.

Era el 30 de agosto de 1720. La sacrosanta imagen fue llevada en procesión al vecino templo antiguo que fabricara don Fernando, dedicado al Patriarca San José. El arcón fue portado en hombros por el Padre Guardián, sus frailes y el Alcalde Mayor de Cuernavaca. Con velas, faroles, candiles y ocotes encendidos alumbraban el recorrido de la procesión. Al llegar a la antigua iglesia, el arcón se guardó en la sacristía y el mariano simulacro se erigió sobre su argentina peana, a cuya vista prorrumpieron todos en llanto y aclamación.

El Guardián del Convento y Párroco de Cuernavaca, aprovechó el concurso de fieles para anunciar la feliz nueva de la inven-

ción de la Virgencita de Tlaltenango, porque allí quiso manifestarse. Con inefable ternura ofreció volver al día siguiente para celebrarle solemne Misa y empezar el rezo de su novena, que terminaría el 8 de septiembre, día en que la Santa Iglesia recuerda y festeja la Santísima Virgen en el misterio de su gloriosa Natividad. Desde entonces, año por año se solemniza su aparición con una feria que ha llegado a ser entre las marianas, la más famosa de la comarca.

EL TAUMATURGO SIMULACRO

El cronógrafo de la sacra imagen, R. P. Fray José Francisco Valdés, religioso descalzo del Convento de San Diego, de México, de quien justamente nos ocuparemos en próximo epígrafe, nos da la razón por la cual nuestro taumaturgo simulacro de Tlaltenango, es venerado bajo la sugestiva invocación de Nuestra Señora de los Milagros.

“Los innumerables prodigios que Dios Nuestro Señor ha obrado por medio de esta imagen —afirma categóricamente—, le han granjeado el título con que es conocida de los Milagros; siendo uno de los más frecuentes la felicidad con que salen de su parto las mujeres que se encomiendan a Ella”.

Lo anterior se confirma con los múltiples y multiformes ex-votos de oro y plata, así como con los incontables “retablos” en madera, lámina o lienzo y las placas de mármol y cantera que se ostentan en los muros y anexos del Santuario, que significan la gratitud inmensa de los favorecidos por su real patrocinio.

El R. P. Rubén Vargas Ugarte, S. I., habla de nuestra célica imagen en las páginas 278-279 de su “Historia del Culto de María en Iberoamérica y de sus Imágenes y Santuarios más celebrados”, segunda edición de Argentina, año 1947. Trae notables inexac-

titudes, pero también preciosos datos que entre comillas transcribimos a continuación.

“En *Tlaltenango*, extramuros de la parroquia y diócesis de Cuernavaca, tiene un modesto santuario la imagen de este nombre. Es de talla antigua y, como otras muchas de aquel entonces, sólo el busto es macizo, reduciéndose el resto a un bastidor de madera, que, a su vez, descansa sobre una peana de plata. Mide desde la cabeza a los pies poco más de un metro y suelen vestirla con ricas telas de oro y plata y valiosas joyas, entre las que sobresalen la corona imperial que adorna su frente y un fino collar de perlas que rodea su cuello”.

La única equivocación de este párrafo es que mida poco más de un metro. Mide poco menos de un metro: 90 centímetros, la sola imagen, sin la peana.

EL CRONÓGRAFO DE LA VIRGEN

El R. P. Fray José Francisco Valdés, dieguino, que falleció en la capital de la Nueva España, el 29 de noviembre de 1802, dedicó su pluma a escribir una piadosa Novena en prosa y verso, a Nuestra Señora de Tlaltenango. Y tuvo la feliz idea de hacerle una introducción que constituye la única fuente de noticias de más insigne antigüedad, en la que recoge la tradición de su origen, su culto y sus milagros.

El opúsculo en que apareció la Novena, y los datos alusivos a guisa de prólogo, lo disparó en brazos de la estampa en el año

1797, esto es, hace 162 años. De ahí se transcribió la Novena y el proemio de la tradición, que el Santuario multiplica en consecutivas ediciones de fuerte tiraje año por año al llegar el mes de septiembre, en que tiene lugar su más importante festividad.

“Novena tan rara —asevera Vicente de P. Andrade en su ‘Compilación de datos históricos sobre algunas advocaciones con que es venerada la Santísima Virgen en la Iglesia Mexicana’, edición 1904, páginas 13-15—, que no la mencionó el Dr. Beristáin en su biblioteca Septentrional... que igualmente omitieron ocuparse de ella los RR. PP. Florencia y Oviedo, S. I., así como el P. Vetancourt, quizá porque en su tiempo (1620-1700) no era conocida”.

El canónigo de la Basílica de Santa María de Guadalupe, termina la relación de Nuestra Señora de Tlaltenango diciendo que: “Se celebra su fiesta anualmente, con grande esplendor, el 8 de septiembre. La imagen tiene real corona en la cabeza, las manos juntas al pecho, su vestidura es de tontillo, es decir, de armazón. Descansa en una peana, y a ambos lados de ésta, se ven dos angelillos en pie, en actitud de sostener la imagen por la parte inferior”.

Los ángeles de que habla el capitular de la Basílica Guadalupense, tal vez representaban a los angelillos portadores de la celestial imagen, que disfrazados de gallardos y apuestos mancebos arribaron con su portentosa carga a la posada de doña Agustina. Andrade los vio todavía a principios del corriente siglo.

Por experiencia he visto, dejando lo que en muchas partes he leído, el gran bien que es para un alma no salir de la obediencia.

Santa Teresa.

El Jardín de Borda

Por el Pbro. Lic. JOAQUÍN L. PALACIOS.

NO ENTRÉIS *de prisa; la paz aquí vive*
bajo las frondas y cabe las fuentes;
vierte el estanque sus hilos lucientes
y un cisne borda en el agua proclive.

El viejo parque las horas revive
de fablas locas y quejas ardientes,
bajo el arrobo de tardes murientes
cuando no hay fuego que en luz no se avive.

O bien del Borda la noble figura
que lento reza en el rico breviario
marca en la sombra silueta insegura.

Y entre la vasta y vieja arquitectura,
como un antiguo y bello relicario,
del alma queda la parte más pura.

¡SANTOS OBISPOS!

¿Qué es el Obispo para una diócesis?

Es lo que el sol para nuestro sistema planetario.

¿Qué es un Obispo en su diócesis?

Lo que el corazón en el organismo humano.

¿Qué es un Obispo respecto a su diócesis?

Lo que el dinamo respecto a la planta eléctrica.

*El Obispo es el foco, el eje, el alma,
el todo de una diócesis.*

•

*Imploremos que Dios conceda a la Iglesia
Santos Obispos, santificadores de almas.*

*Roguemos para que todos los Obispos,
en particular el nuestro, sean santos.*

*Pidamos a Dios que nuestros Obispos
sean verdaderos sucesores de los Apóstoles.*

*Que lo sean, no solamente cuanto a la dignidad,
sino especialmente cuanto a la consumada santidad.*

Princeton Theological Seminary Library



1 1012 01458 2433

For use in library only

For use in Library only

